

Agatha Christie®

100
AÑOS

DE HISTORIAS DE
AGATHA CHRISTIE

SE
ANUNCIA
UN ASESINATO

Una de las mejores novelas
protagonizadas por la dulce,
intuitiva y perspicaz
MISS MARPLE



booket

Agatha Christie

Se anuncia un asesinato

Traducción: Guillermo López Hipkiss

CAPÍTULO PRIMERO

SE ANUNCIA UN ASESINATO

I

Todas las mañanas, menos la del domingo, entre siete y media y ocho y media, Johnnie Butt hacía la ronda del pueblo de Chipping Cleghorn en bicicleta, silbando ruidosamente por entre los dientes.

Se detenía a la puerta de cada casa para meter por el buzón los periódicos que los inquilinos de la misma tuvieran encargados al librero y papelerero señor Totman.

Al coronel Easterbrook y a su señora les dejaba *The Times* y el *Daily Graphic*; a la señora Swettenham, *The Times* y el *Daily Worker*; a las señoritas Hinchcliff y Murgatroyd, *Daily Telegraph* y el *News Chronicle*; a la señorita Blacklock, el *Daily Telegraph*, *The Times* y *The Daily Mail*.

Y todos los viernes repartía por las citadas casas y por casi todas las demás en Chipping Cleghorn un ejemplar de la *North Benham News and Chipping Cleghorn Gazette*, más conocida entre los habitantes del pueblo por el simple nombre de la *Gaceta*.

De ahí que los viernes, tras echar una rápida mirada a los titulares de la prensa diaria (¡Crítica situación internacional! ¡La ONU se reúne hoy! ¡Se busca con perros sabuesos al asesino de la mecanógrafa rubia! Tres minas de carbón paradas. Mueren veintitrés personas en un hotel veraniego como consecuencia de haber tomado alimentos en malas condiciones, etc.), la mayoría de los chipping-cleghorneses abrieron con avidez la *Gaceta* para enterarse de las noticias locales. Tras una ojeada a la sección de

correspondencia (en la que los odios apasionados, enemistades y rivalidad en la vida rural alcanzaban su máxima expresión y fuerza), las nueve décimas partes de los suscriptores se concentraban en la sección llamada PERSONAL, que no llamamos de anuncios clasificados porque, a decir verdad, la clasificación brillaba por su ausencia. En ella aparecían agrupados, sin orden ni concierto, artículos en venta, objetos que deseaban adquirir, ofertas y demandas, frenéticas peticiones de servidumbre, innumerables inserciones relacionadas con perros, anuncios referentes a aves de corral y equipo de jardinería. Y varias otras notas de gran interés para los que residían en la pequeña comunidad de Chipping Cleghorn.

Aquel viernes, 29 de octubre, no fue excepción a la regla...

II

La señora Swettenham se apartó de la frente los lindos rizos grises, desplegó *The Times*, miró, con apagados ojos la página central izquierda, decidió que, como de costumbre, si es que había alguna noticia emocionante, *The Times* había logrado ocultarla de una manera impecable, echó una mirada a Nacimientos, Bodas y Defunciones, en particular a estas últimas, y luego de cumplido su deber, dejó a un lado *The Times* para asir con avidez la *Gaceta* de Chipping Cleghorn.

Cuando su hijo Edmund entró en la estancia momentos más tarde, se hallaba ya enfrascada en la lectura de la columna Personal.

—Buenos días, querido —dijo la señora Swettenham—. Los Smedley quieren vender su “Daimler”, Modelo 1935... Es un poco anticuado ya, ¿verdad?

El hijo emitió un gruñido, se sirvió una taza de café, se puso un par de arenques ahumados en el plato, se sentó a la mesa, desplegó el *Daily Worker*, y lo apoyó contra el portatostadas.

—“Cachorros de perro alano” —leyó la señora Swettenham en voz alta—. No sé cómo consigue la gente mantener perros grandes en estos tiempos, la verdad que no... ¡Hum!, Selina Lawrence vuelve a buscar cocinera. ¿Cómo no se dará cuenta de

que está tirando el dinero? Es inútil publicar anuncios en estos tiempos. Y además, no ha puesto señas, sólo el número de un apartado... Eso es completamente fatal... Se lo hubiera podido decir yo... la servidumbre se empeña en saber adónde va. Le gusta una dirección buena... *Dentaduras postizas*... No concibo cómo pueden ser populares los dientes postizos. *Se pagan buenos precios*... *Bulbos magníficos*. Selección propia. Parecen baratos... Aquí hay una chica que busca *Empleo interesante*. *Dispuesta a viajar*. ¡Lo creo! ¿Quién no lo estaría...? Dachshunds... Nunca me han gustado los dachshunds...¹ No porque sean alemanes, claro. Esa fobia ya se nos ha pasado. Es que no me gustan y nada más... ¿Diga, señorita Finch?

Una mujer ceñuda, tocada con boina de terciopelo, descolorida y vieja, acababa de asomar la cabeza y el busto por la puerta.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿Puedo recoger?

—Aún no. No hemos terminado —contestó la señora Swettenham. Y agregó como para congraciarse—: No del todo.

La señora Finch echó una mirada a Edmund y otra al periódico, dio un resoplido de desdén y se retiró.

—No he hecho más que empezar —dijo Edmund, en el preciso momento en que su madre murmuraba:

—No sabes cuánto te agradecería que no leyeras ese periodichuco, Edmund. A la señora Finch no le gusta ni pizca.²

—Pero, ¿qué tienen que ver mis ideas políticas con la señora Finch?

—Y no es —prosiguió la madre— como si fueras trabajador. Después de todo tú no haces nada.

—¡Eso es completamente falso! —exclamó Edmund indignado—. Estoy escribiendo un libro.

—Me refiero a trabajo de *verdad*. Y la señora Finch sí que tiene que ver con tus ideas. Si nos toma antipatía y se niega a venir, ¿a quién vamos a buscar?

—Anuncia en la *Gaceta* —contestó Edmund riendo.

¹ El dachshund es ese perro de cuerpo largo y patas cortísimas que, en España, si no me equivoco, suele llamarse perro inglés, Dios sabe por qué. Es de raza alemana y se llama en Inglaterra por su nombre alemán o "perro alemán". (N. del T.)

² *El Daily Worker*, o Trabajador Diario, es un periódico comunista. (N. del T.)

—Acabo de decirte que eso es trabajo perdido. ¡Ay, Señor! Hoy en día está una perdida si no cuenta en la familia con una aya dispuesta a meterse en la cocina y a hacerlo todo.

—Bueno, ¿y por qué no tenemos aya? ¿Cómo has podido privarme de los tiernos cuidados de una aya en mi niñez? ¿En qué estabas pensando?

—Tuviste una, querido.

—¡Qué falta de visión y previsión! —dijo Edmund.

La señora Swettenham había vuelto a enfrascarse en la lectura de anuncios.

—*Se vende segadora mecánica, de segunda mano, con motor... ¿Si será...? ¡Cielos! ¡Qué precio! Más dachshunds... Escribe o comunica. Desesperado Woggles. ¡Qué diminutivos más estúpidos gasta alguna gente...! Perro de aguas sabueso... ¿Te acuerdas de la encantadora Susana, Edmund? Era casi humana. Entendía perfectamente cuando se le hablaba... Aparador Sheraton en venta. Auténtico mueble antiguo. Lleva años y años en la familia. Señora Lucas, Dayas Hall... ¡Qué embustera es esa mujer! ¡Aparador Sheraton! ¡Qué más quisiera ella!*

La señora Swettenham dio un resoplido de desdén y continuó leyendo:

—*“Todo fue un error, querida. Amor eterno. Viernes como de costumbre. J.”* Supongo que se tratará de una riña de novios. O..., ¿crees tú que será el mensaje en clave de una cuadrilla de ladrones? Más dachshunds. La verdad yo creo que la gente se ha vuelto loca con tanto criar dachshunds. ¡Qué caramba! ¡Hay otras razas de perros también! Tu tío Simón solía criar perros en busca de la raza de Manchester. ¡Unos perros más elegantes! Y a mí me gustan los perros con patas... *“Señora que marcha al extranjero vendería su traje azul marino de dos piezas...”* No da las medidas ni el precio... *Se anuncia un asentimiento...; no, un asesinato... ¿Eh? ¿Cómo?... ¡Caramba! ¡Edmund! Edmund, escucha esto... Se anuncia un asesinato que tendrá lugar el viernes, 29 de octubre, en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten este único aviso. ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Edmund!*

—¿Qué pasa? —Edmund alzó la mirada del periódico.

—Viernes, 29 de octubre... Pero, ¡si es hoy!

—Deja ver.

El hijo se apoderó de la *Gaceta*.

—Pero ¿qué significa? —exclamó la señora Swettenham, con curiosidad.

Edmund se frotó la nariz, dubitativo.

—Supongo que se tratará de una reunión o fiesta... El juego de “¿Quién es el asesino?”... o algo así.¹

—¡Oh! —murmuró la señora Swettenham—. Se me antoja una manera muy curiosa de hacerlo... ¡Meterlo entre los anuncios así! Muy poco en consonancia con el carácter de Leticia Blacklock, que parece una mujer tan sensata...

—Es muy probable que lo hayan organizado los jóvenes que tiene en casa.

—Se avisa con muy poca anticipación. Hoy. ¿Crees tú que se espera que vayamos?

—Dice: “Amigos todos, acepten este único aviso”, ¿verdad?

—Bueno, pues a mí estos sistemas modernos de invitar a la gente me parecen absurdos —anunció la señora Swettenham.

—Bueno, pues no hay necesidad de que vayas si no quieres, mamá.

—No —asintió la mujer.

Hubo una pausa.

—¿Quieres, de *verdad*, la última tostada, Edmund?

—Se me antoja a mí que es mucho más importante que me alimente como es debido antes que esa bruja quite la mesa.

—Sssh, querido, te *oírás*... Edmund, ¿qué sucede en “¿Quién es el asesino?”; concretamente?

—No lo sé con exactitud... Le prenden a uno unos brazos de papel o algo así. No; creo que alguien los saca de un sombrero. Y uno hace de víctima y otro de detective... Luego apagan las luces y alguien le toca a uno en el hombro; entonces, uno suelta un alarido, se tumba en el suelo, y se hace el muerto.

—Poco emocionante.

—Y con toda seguridad, resultará aburrido a más no poder. Yo no pienso ir.

¹ Distracción que la afición a la novela policíaca ha puesto de moda en Inglaterra. Apenas requiere explicación, puesto que del texto se irá desprendiendo en qué consiste. (*N. del T.*)

—No digas tonterías, Edmund —exclamó la señora Swettenham—. *Yo voy a ir, y tú vas a acompañarme. ¡Eso ya está decidido!*

III

—Archie —le dijo la señora Easterbrook a su marido—, escucha *esto*.

El coronel Easterbrook no le hizo el menor caso, porque la lectura de un artículo de *The Times* le hacía dar resoplidos de impaciencia.

—Lo malo de esta gente —dijo— es que ninguno de ellos sabe una palabra de la India. ¡Ni una miserable palabra!

—Ya lo sé, querido, ya lo sé...

—De saber algo, no escribirían semejante sarta de disparates.

—Sí, ya lo sé, Archie, por favor, escucha. *Se anuncia un asesinato que se cometerá el viernes, 29 de octubre*, es decir, hoy, en *Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten este único aviso*.

Hizo una pausa triunfal. El coronel Easterbrook la miró con indulgencia, pero sin el menor interés.

—El juego de “¿Quién es el asesino?” —dijo.

—Oh.

—No es más que eso. Claro —agregó, humanizándose un poco— que puede resultar la mar de divertido si se hace bien. Pero es preciso que lo organice bien alguien que esté al tanto de esas cosas. Se echa a suertes. Uno de los invitados es el asesino, pero nadie sabe quién. Se apagan las luces. El asesino escoge una víctima. La víctima tiene que contar hasta veinte antes de soltar un chillido. La persona a quien le ha tocado ser detective se hace cargo. Interroga a todo el mundo. Dónde estaban, qué hacían..., intenta echarle la zancadilla al criminal. Sí; es un juego distraído... si el detective... ¡ah...!, sabe algo de trabajo policíaco.

—Como tú, Archie. Tuviste que hacer de juez en la mar de casos interesantes de tu distrito.

El coronel Easterbrook sonrió y se atusó el bigote.

—Sí, Laura —reconoció—, algo podría enseñarlos yo de esas cosas.

Y cuadró los hombros.

—Debió de pedirte la señorita Blacklock que la ayudaras a organizar esa reunión.

El coronel dio un resoplido.

—¡Bah, ya tiene a ese jovenzuelo que pasa una temporada en su casa! Supongo que la idea es suya. Sobrino, o no sé qué. Curiosa idea, no obstante. Lo de anunciarlo en el periódico, quiero decir.

—Y en la sección Personal, por añadidura. Pudiéramos no haberlo visto. Supongo que sí es una invitación, ¿eh, Archie?

—Es una invitación bien rara. Una cosa te diré: que no cuenten *conmigo*.

—Oh, Archie...

La voz de la señora Easterbrook se alzó en agudo gemido.

—No han avisado con tiempo. ¿Quién les garantizaba a ellos que no estaría ocupado?

—Pero no lo estás, ¿verdad, querido? —la esposa bajó la voz, persuasiva—. Y sí que creo, Archie, que debieras ir... aunque no fuese más que para ayudar a la pobre señorita Blacklock. Estoy segura de que cuenta contigo para que la reunión sea un éxito. Con lo mucho que tú sabes de los procedimientos y del trabajo de la policía... Va a ser un verdadero fracaso como no vayas tú a prestar tu ayuda. Después de todo, hay que ser *buenos* vecinos.

La señora Easterbrook ladeó la cabeza de cabellos rubios teñidos y abrió los zarcos ojos de par en par.

—Claro que si lo tomas de esa manera, Laura...

El coronel se atusó nuevamente el canoso bigote con aire de importancia y miró con indulgencia a su mujercita. La señora Easterbrook tenía cerca de treinta años menos que su esposo.

—Si lo tomas de esa manera, Laura...

—Yo creo de verdad que es tu *deber* ir, Archie —aseguró la señora Easterbrook, con solemnidad.

IV

También había sido entregada la *Gaceta* en Boulders, las tres pintorescas casitas convertidas en una y habitadas por la señorita Hinchcliff y la señorita Murgatroyd.

—¿Hinch?

—¿Qué pasa, Murgatroyd?

—¿Dónde estás?

—En el gallinero.

—¡Oh!

La señorita Amy Murgatroyd vadeó por la larga y húmeda hierba en dirección a su amiga. Ésta, enfundada en pantalón de pana y guerrera militar de campaña, estaba mezclando puñados de harina con las humeantes pieles de patatas y tronchos de col hervidos que llenaban un barreño.

Volvió la cabeza, de pelo cortado como el de un hombre, y de cara curtida por el viento y el sol.

La señorita Murgatroyd, obesa y afable, lucía una falda de mezcilla, a cuadros, y un suéter de brillante azul. Llevaba en desorden el cabello rizado, y gris, que tenía cierta semejanza con un nido.

—En la *Gaceta* —jadeó—. Escucha... ¿qué puede significar? *Se anuncia un asesinato que tendrá lugar el viernes, 29 de octubre, en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten éste, el único aviso.*

Calló, sin aliento, al terminar de leer, y aguardó una explicación autorizada.

—¡Idiota! —gruñó la señorita Hinchcliff.

—Sí; pero, ¿qué crees tú que significa?

—Una copa de algo, por lo menos —contestó la señorita Hinchcliff.

—¿Crees que es una especie de invitación?

—Ya descubriremos lo que significa cuando lleguemos allá. Jerez matarratas, supongo. Más vale que salgas de la hierba, Murgatroyd. Aún llevas puestas las zapatillas de alcoba. Las tienes empapadas.

—¡Ay, Señor! —la señorita Murgatroyd se contempló con tristeza los pies—. ¿Cuántos huevos hoy?

—Siete. Esa maldita gallina sigue clueca. Tendré que aislarla.
—Es una manera la mar de rara de anunciarlo, ¿verdad?
—murmuró Amy Murgatroyd, volviendo al asunto del aviso.
Expresaba su voz cierta nostalgia.

Pero su amiga es más práctica y más dada a concentrarse en una sola cosa a la vez. Lo que le interesaba en aquellos momentos era atender a las recalcitrantes aves de corral, y ningún anuncio del periódico, por enigmático que fuese, podía hacerla desviar su atención.

Atravesó por el barro y se abalanzó sobre una gallina moteada, que cacareó ruidosamente y con indignación.

—A mí que me den patos —dijo la señorita Hinchcliff—. Son *mucho* menos latosos...

V

—¡Uuuu, magnífico! —exclamó la señora Harmon, mirando por encima de la mesa a su marido, el reverendo Julian Harmon, mientras desayunaban—. Va a cometerse un asesinato en casa de la señorita Blacklock.

—¿Un asesinato? —murmuró el marido con cierta sorpresa—. ¿Cuándo?

—Esta tarde al atardecer, por lo menos... a las seis y media. Oh, ¡qué mala suerte, querido! ¡Tienes que hacer tus preparativos para la confirmación a esa hora! No *hay* derecho. ¡Con lo que a ti te encantan los asesinatos!

—La verdad es que no sé de qué estás hablando, Bunch.

La señora Harmon, cuyo cuerpo y cara apreciablemente redondeados habían dado lugar a que se la llamara Bunch en vez de Diana, que era su nombre de pila, le entregó la *Gaceta*.¹

—Ahí tienes. Entre los planos de ocasión y los dientes postizos.

—¡Qué anuncio más extraordinario!

—¿Verdad que sí? —murmuró Bunch, con fruición—. Nunca se te hubiera ocurrido pensar que pudieran interesarle a la

¹ *Bunch*, en inglés, significa manojo, racimo y bulto. (*N. del T.*)

señorita Blacklock los asesinatos, los juegos y todo eso, ¿eh? Supongo, que los Simmons la inducirían..., aunque yo hubiese creído que a Julia Simmons le parecería un asesinato algo demasiado burdo. Pero ahí está, y no sabes lo que *siento* que no puedas tú asistir, querido. Sea como fuere, ya iré yo y te lo contaré después... a pesar de que en mi caso es un esfuerzo inútil, porque no me gustan, en realidad las distracciones en la oscuridad. Me asustan y Dios *quiera* que no me toque a mí ser la víctima. Si alguien me coloca de pronto la mano en el hombro y me susurra: “Está usted muerta”, sé que me dará un vuelco tan grande el corazón, que a lo *mejor* me muero de verdad. ¿Crees tú eso probable?

—No, Bunch. Creo que vas a vivir y llegar a ser una mujer muy, muy vieja... conmigo.

—Y morir el mismo día que tú y ser enterrada en la misma fosa. Sería maravilloso.

El rostro de Bunch se puso radiante al pensar en tan agradable perspectiva.

—Pareces sentirte muy feliz, Bunch —dijo el marido, sonriendo.

—Y, ¿*quién* no lo sería en mi lugar? —exigió Bunch, algo confusa—. Teniéndoo a ti, a Susan, y a Edward, y queriéndome todos tanto, sin importaros que sea estúpida... ¡Y brillando el sol! ¡Y esta casa tan hermosa en que vivir!

El reverendo Julian Harmon echó una mirada al espacioso y casi desamueblado comedor y asintió, dubitativo.

—A mucha gente le parecería el colmo tener que vivir en una casa tan grande, tan destartalada y que deja pasar el aire por tantos sitios.

—Bueno, pues a mí me gustan las habitaciones espaciaosas. Todos los olores agradables del exterior pueden entrar y quedarse dentro. Y una puede ser desordenada y dejar las cosas tiradas por cualquier parte sin que estorben.

—¿Sin calefacción central ni accesorios modernos que faciliten la labor? Representa mucho trabajo para ti, Bunch.

—Oh, no lo creas, Julian. Me levanto a las seis y media, enciendo la caldera y corro de un lado para otro como una locomotora, y a las ocho ya está todo hecho. Y lo, conservo todo bien,

¿verdad? Con cera, barniz, lustre y jarrones de hojas. En realidad cuesta el mismo trabajo tener limpia una casa grande como una pequeña. Una maneja las escobas, los cepillos y lampazos mucho mejor y más de prisa porque no anda tropezando contra todas partes con la rabadilla cada vez que se inclina, como ocurre en las habitaciones pequeñas. Y me gusta dormir metida en la cama asomando sólo la punta de la nariz para saber qué temperatura hay fuera. Y sea cual fuere el tamaño de la casa en que una viva, se mandan la misma cantidad de patatas y se friega el mismo número de platos y todo eso. ¿Te das cuenta de lo agradable que les resulta a Susan y a Edward disponer de una habitación grande donde jugar, donde poder montar ferrocarriles o hacer reuniones de muñecas por todo el suelo, sin necesidad de tener que volverlo a recoger todo? Además, es bonito disponer de sitio de sobra, donde poder dejar vivir a otra gente. Jimmy y Johnny Finch... tendrían que vivir con sus padres políticos, de lo contrario. Y, ¿sabes, Julian? No es agradable vivir con los padres políticos. Quieres mucho a mi madre, pero no te hubiese gustado, en realidad, tener que empezar la vida de casado con ella y con papá. Y tampoco me hubiera gustado a mí. Hubiese seguido sintiéndome una niña.

Julian le sonrió.

—Y sigues pareciendo una niña aún, Bunch.

Era evidente que Julian Harmon había sido el modelo escogido por la Naturaleza para los hombres de sesenta años. Aún le faltaban, no obstante, unos veinticinco años para que el propósito de la Naturaleza se realizara.

—Ya sé que soy estúpida...

—No eres estúpida, Bunch. Eres muy lista.

—No es verdad. No tengo ni pizca de intelectual. Aunque, sí que intento serlo... Y me gusta escucharte cuando me hablas de libros, y de historia, y de todo esto. Pero creo que quizá no fuese una buena idea leerme algunos capítulos de Gibbon¹ por la noche, porque cuando ha soplado un viento frío y se ha estado calentita junto al fuego, Gibbon tiene algo que le hace a una quedarse dormida.

¹ Autor de la obra *Decadencia y ocaso del Imperio romano*. (N. del T.)

Julian se echó a reír.

—Pero sí que me encanta escucharte, Julian. Cuéntame otra vez el cuento del vicario que predicó un sermón sobre Ahasveros.¹

—Te lo sabes ya de, memoria, Bunch.

—Cuéntamelo otra vez. Por favor.

El marido la complació.

—Fue el viejo Serymgour. Alguien asomó la cabeza a su iglesia un día. Estaba en el púlpito inclinado hacia fuera, largándole con fervor un sermón a las mujeres encargadas de la limpieza. Tenía alzado el brazo. Las amenazaba con el dedo. “¡Ah! —estaba diciendo—. ¡Ya sé lo que estáis pensando! *Vosotros* creéis, que el Gran Ahasveros de la Primera Lección era Artajerjes Segundo... Pues, ¡no, señor! —Y luego, con voz triunfal—: ¡Era Artajerjes *Tercero*!”

Al propio Julian Harmon nunca le había parecido demasiado gracioso el cuento, pero nunca dejaba de hacerle reír a Bunch.

Soltó una alegre carcajada.

—¡Qué vejete más simpático! —exclamó—. Yo creo que serás tú exactamente igual con el tiempo, Julian.

Julian dio muestras de desasosiego.

—Lo sé —dijo con humildad—. Me doy perfecta cuenta de que no siempre abordo las cosas de la manera más sencilla.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía —dijo Bunch, poniéndose en pie y empezando a amontonar la vajilla en una bandeja—. Me dijo la señora Butt ayer que su esposo, que jamás iba a la iglesia y pasaba por ser el ateo del pueblo, acude ahora todos los domingos para oírte predicar.

Y prosiguió imitando bastante bien la voz y el tono superrefinados de la señora Butt.

—“Y por cierto, señora, que Butt le estaba diciendo el otro día al señor Timkins de Little Worsdale que aquí en Chipping Cleghorn, contábamos con *auténtica* cultura. No como la del señor Goss de Little Worsdale, que le habla a la congregación como si estuviera compuesta de criaturas que no hubiesen reci-

¹ Según la tradición arábigo-persa rey persa esposo de Esther. Pero Herodoto Astiages asegura que era simplemente gran visir de Nabucodonosor. (*N. del T.*)

bido educación de ninguna especie. Cultura de verdad, dijo Butt, eso es lo que *nosotros* tenemos. Nuestro vicario es un caballero de gran cultura. Educado en Oxford, no en Milchested. Y no nos escatima su erudición. Sobre todo en cuanto a los romanos y los griegos hace referencia. Y a los babilonios y asirios también. Y hasta el gato de la vicaría, dice Butt, lleva el nombre de un rey de Asiria.” Conque si eso no es gloria —terminó diciendo Bunch, con aire triunfal—, ¡ya me dirás tú lo que es! ¡Cielos! Más vale que me dedique a mis quehaceres o nunca llegaré a acabar. Vamos, “Tiglath Pileser”,¹ las espinas de los arenques te las vas a comer tú.

Abrió la puerta, la mantuvo hábilmente abierta con el pie, y salió con la cargada bandeja, cantando con voz alta y no demasiado armoniosa una versión propia de una canción de caza:

*Hoy es día de matar,
en el sitio y lugar,
y los guardias del pueblo no están...*

El ruido de la vajilla al ser depositada en el fregadero ahogó las líneas siguientes, pero al abandonar el reverendo Julian Harmon la casa oyó la triunfante aseveración final:

... conque andando, que hoy toca asesinar.

¹ En efecto, el nombre del gato es el de un rey asirio. Hubo tres de ese nombre. Tiglath-Pileser I, que reinó de 1120 a 1105 antes de J. C., fue un gran conquistador. El segundo (950-930 antes de J. C.) era contemporáneo de Salomón. El tercero (745-727 antes de J. C.) acabó de subyugar a Babilonia, reconquistó Siria, Media, Caldea, Damasco, Judea y Gaza, y fue el primero en trasladar poblaciones en masa de un extremo del Imperio a otro. (*N. del T.*)